

CON OCASIÓN DE SU SESIÓN EXTRAORDINARIA EN EL PROGRAMA MASTER

5 preguntas al Profesor Robert Spaemann



ANTONIO HIDALGO PÉREZ
ahidalgo@santelmo.org

Robert Spaemann, Catedrático de Filosofía Práctica de la Universidad de Munich, visitó recientemente San Telmo, en el marco de las sesiones académicas del Programa Master. Durante algo más de 45 minutos expuso su visión sobre la confianza, como fundamento del funcionamiento de las organizaciones. Tras un ameno coloquio, en el que contamos con la colaboración del Profesor Rafael Alvira, Director del Instituto Empresa y Humanismo de la Universidad de Navarra, Catedrático de Filosofía de dicha Universidad y Profesor Visitante de San Telmo, el Profesor Antonio Hidalgo mantuvo con el Prof. Spaemann una entrevista, de la recogemos un breve resumen.

¿Qué papel juega, en su opinión, la filosofía en el siglo XXI, en una sociedad en la que prima la técnica?

Ciertamente hoy hay una jerarquía de valores en la que lo importante es lo tecnificado; pero también ahora las personas actúan, y actúan movidas por distintas causas, por motivos diferentes, que están más allá de la técnica. La técnica únicamente nos suministra las reglas, el criterio con el que manejar justamente la propia técnica.

Lo que ocurre es que en este mundo altamente tecnificado, las personas piensan que actúan guiados únicamente por exigencias o imperativos objetivos que imponen la situación. Sin embargo, no hay imperativos objetivos sin que yo quiera algo previamente. Por ejemplo, puedo decir, en una situación de lluvia intensa: voy a salir a la calle y tengo que coger un paraguas, como un imperativo de la situación objetiva. Pero en última instancia eso es una exigencia

imperativa sólo si no quiero mojarme.

Este planteamiento de fondo sirve igualmente en el ámbito económico. Es como si alguien me dice: quiero ganar mucho dinero por encima de todo, quiero maximizar de modo absoluto el beneficio. Detrás de esa expresión hay una posición determinada, una actitud ante el mundo, ante la vida. La Filosofía se centra en esas orientaciones básicas y previas a toda acción. Es verdad que en este mundo altamente tecnificado surge la impresión de que las consideraciones filosóficas no ocupan ningún lugar, no juegan ningún papel relevante: es la impresión que generalmente se transmite. Pero esta impresión es falsa: sirve para consolidar, para hacer impecables determinadas posiciones u orientaciones fundamentales, que se deben acatar, que nadie pone en discusión, que no se ponen en duda, pero que tienen detrás, que se apoyan, en una determinada inspiración filosófica.

En alguna ocasión, usted ha mantenido que Europa se encuentra en decadencia...

Yo no he dicho que Europa esté en decadencia, aunque sí pienso que se encuentra en crisis.

Bien, hablemos de crisis entonces: ¿cuáles piensa que son los factores determinantes de esa crisis?

Hay un conjunto de causas que se concatenan. En parte, esas causas están relacionadas con el surgimiento de otras potencias extra-europeas, e incluso extra-occidentales. En el escenario político, Europa ya no es el actor decisivo. A esto se añade el progresivo deterioro o abandono de los cimientos sobre los que se ha construido Europa; en especial la religión cristiana, que

El Instituto Internacional San Telmo siempre ha procurado que, en la formación que imparte, estén presentes enfoques amplios, que abarquen no sólo los aspectos técnicos -los conocimientos- que necesitan los hombres y mujeres de empresa.

También se preocupa de que se aborden las habilidades y las actitudes que deben desarrollar las personas llamadas a desempeñar puestos de responsabilidad en las organizaciones.

En este sentido, siempre es un objetivo contar con la presencia de personalidades de talla mundial que enriquezcan la visión global de la Alta Dirección. El pasado mes de Mayo, las aulas de San Telmo contaron con la presencia de una de las figuras más señeras del pensamiento actual: el Profesor Robert Spaemann

se hace más fuerte en otros continentes que en Europa.

Hoy en día, Europa no sabe bien del todo en qué consiste su identidad; ésta se difumina, se hace borrosa. Esto que acabo de decir es casi un lugar común, un tópico. Pero lo significativo es que en sus épocas de esplendor, Europa nunca se preocupó de su propia identidad, y justamente que se plantee la pregunta, sobre la cuestión de su identidad, es un signo de esa crisis.

Estamos en una Escuela de Dirección de Empresas, y la pregunta es casi obligada: ¿qué papel estima que debe desempeñar la empresa como organización en el mundo actual?

En mi opinión, la empresa cada vez tiene un papel más importante en la sociedad. Incluso en los países de corte socialista, la empresa va adquiriendo, de modo creciente, una importancia relevante como factor de estructuración social, lo que hace que se incremente la responsabilidad de unos empresarios que han pasado a una situación de competencia, para la que no estaban preparados: no estaban hechos a la idea de tener que desempeñar esa responsabilidad.

A comienzos del siglo XX hubo diversos intentos de organizar toda la vida social sobre la base de grupos económico-empresariales. Tenemos, por ejemplo, el caso austriaco, y su empeño de construir el Estado sobre estamentos económicos y empresariales. De modo paralelo, hoy asistimos a la reaparición de algo similar, si bien no por motivos ideológicos, sino puramente pragmáticos.

En esta línea, ¿bajo qué parámetros debiera afrontar la empresa su actuación, partiendo de ese papel preponderante que está adquiriendo?

Es una pregunta muy general, y la respuesta necesariamente debería ser compleja. Pero hay algo indudable: no se debiera enfocar la acción empresarial desde un punto de vista exclusivamente "cortoplacis-

ta", pensando únicamente en el beneficio del accionista. Ese enfoque, ese criterio, es a todas luces insuficiente.

¿Entraría en ese enfoque más amplio la actual sensibilidad hacia lo que se ha definido como Responsabilidad Social Corporativa? ¿es esta sensibilidad algo ético o estético?

Mi postura al respecto es clara: en este ámbito, toda orientación que no se base en la propia autorregulación sería absurda y sin sentido: no se puede imponer la necesidad de ser buenos. Pero sí se pueden señalar algunas ideas que enmarquen el tema. Así, pienso que Europa debe defenderse contra una visión edulcorada, contra una idea de "cine", en la que la pregunta, la cuestión acerca de la existencia de condiciones duras de vida no tenga cabida, no deba ni siquiera plantearse. Dentro del mercado europeo hay que desarrollar políticas, espacios para las responsabilidades sociales: los empresarios las deben tener en cuenta.

También en el mercado mundial habría que incorporar unos ciertos estándares éticos, por ejemplo no importar de países en los que no se cumplen unos mínimos requisitos sociales, humanitarios, etc.; pero por otra parte, tampoco podemos exigir a los países del llamado Tercer Mundo que cumplan todos nuestros estándares sociales: justamente su desarrollo se basa en que puedan producir más barato que nosotros.

No debiéramos, por tanto, caer en planteamientos de todo o nada. Se trataría de establecer en el ámbito mundial, quizás auspiciados por la ONU, unos criterios básicos, elementales, que todos se comprometieran a cumplir. A partir de ahí, en ese contexto de unos criterios mínimos, cada empresa individual debe definir y aportar su participación para la adecuada configuración social.

Por último me gustaría preguntarle por otra expresión, que espero que sí sea

suya. Ha declarado, en alguna ocasión, que la televisión es enemiga de la Democracia. ¿podría explicar esta expresión?

Esa expresión está hecha de una forma muy tajante y abrupta, pero hay algo de verdad en ella. La televisión forma parte del "cuarto poder"; es un poder de hecho, que, a diferencia de los otros poderes presenta una cualidad específica, y es que no está sometida, apenas, a controles democráticos. Estamos, pues, ante una situación nueva y preocupante: la gente común y corriente, el ciudadano medio, no se forma su opinión acerca de los asuntos de la vida, de la sociedad, en el intercambio de ideas, en la conversación, en la interacción con otras personas; sino que, en gran medida, esa opinión les viene impuesta desde fuera, de forma, en muchas ocasiones, casi manipulativa. Y esto, indudablemente, supone una situación nueva en la historia del hombre.

Si se responde a este planteamiento argumentando que la televisión es pluralista, que existen programas de debate, o mesas redondas, donde se pueden exponer las distintas opiniones y sus contrarias, a mi vez yo contestaría a esta afirmación de existencia de dichos programas, que lo que finalmente se logra, el mensaje que se está enviando, lo que en última instancia llega a la gente es el relativismo: todo es posible, todo está permitido, todo es creíble...

En esta línea se expresaba recientemente el actual Papa, siendo aún Cardenal, al hablar de la dictadura del relativismo. Quizás la palabra dictadura sea equívoca, porque en Europa no vivimos en una dictadura política. Pero Occidente está construyendo una sociedad cada vez más totalitaria, aunque con manifestaciones distintas a las conocidas históricamente: el totalitarismo se esconde hoy detrás de la llamada corrección política, que impone un pensamiento único en muchas materias perfectamente opinables. 🇺🇸